

# Ser anarcosindicalista en Chile: lectores y escritores de la Confederación General de Trabajadores (1931-1939)<sup>1</sup>

*Being anarcho-syndicalist in Chile: readers and writers of the Confederación General de Trabajadores (1931-1939)*

Francisco Peña Castillo<sup>2</sup>

Recibido: 4 de abril de 2025. Aceptado: 28 de mayo de 2025.  
Received: April 4, 2025. Approved: May 28, 2025.

## RESUMEN

El siguiente artículo analiza el desarrollo del anarcosindicalismo en Chile durante la década de 1930, a partir de su recepción entre la militancia de la Confederación General de Trabajadores. En este proceso, la circulación de debates a través de lo escrito, a nivel local e internacional, fue central para configurar una propuesta diferenciada dentro del heterogéneo movimiento anarquista criollo. Así, más que abordar el objeto, sea en forma de periódico, folleto o libro, nos interesan las interacciones producidas en sus páginas por autores y lectores obreros, es decir, la transmisión y apropiación de ideas, prácticas y símbolos.

**Palabras claves:** Lectores, Intelectuales, Anarcosindicalismo, Recepción.

## ABSTRACT

The following article analyzes the development of anarcho-syndicalism in Chile during the 1930s, beginning with its reception among the militants of the General Confederation of Workers. In this process, the circulation of debates through written texts, both locally and internationally, was central to shaping a differentiated approach within the heterogeneous Chilean anarchist movement. Thus, rather than addressing the object, whether in the form of a newspaper, pamphlet, or book, we are interested in the interactions produced within its pages by working-class authors and readers, that is, the transmission and appropriation of ideas, practices, and symbols.

**Keywords:** Readers, Intellectuals, Anarcho-syndicalism, Reception.

---

1 Este artículo fue desarrollado como parte de mi tesis doctoral en la Universidad de Santiago de Chile.

2 Universidad de Santiago, Chile. Correo electrónico: [francisco.pena.cas@usach.cl](mailto:francisco.pena.cas@usach.cl)

## Introducción

Pese a lo que manifiesta la tendencia historiográfica general sobre el movimiento anarquista (Mintz, 2008; DeShazo, 2007; Grez Toso, 2007; Vitale, 1998; Cappelletti y Rama, 1990), el anarcosindicalismo<sup>3</sup> no formó parte de su léxico, organizaciones o identidad hasta al menos 1920, consolidando su adopción hacia la década siguiente (Peña Castillo, 2021). A partir de esta consideración, se presenta la necesidad de conocer el origen del concepto, pero sobre todo su construcción como propuesta revolucionaria, es decir, los debates que contribuyeron a su proliferación e integración. Los intercambios de ideas producidos al respecto transitaron vías transnacionales, viajando a través de militantes y escritos forjados en contextos particulares. En este sentido, el anarcosindicalismo fue apropiado gracias a los diálogos internacionales y las necesidades locales que derivaron en un conjunto de ideas, prácticas y símbolos que dieron forma a una identidad determinada.

Ahora bien, como parte de la cultura obrera de tipo ilustrada presente a inicios del siglo XX (Devés, 1991), el anarquismo priorizó el intercambio ideológico a través de la prensa, folletos y libros, en concomitancia con otras alternativas como conferencias o giras (Lagos, M., 2014). Así, pese a las desventajas educacionales impuestas al mundo de los/as trabajadores/as, la cultura, y dentro de ella la palabra escrita, fue considerada como un apartado fundamental, no solo para combatir la ignorancia, sino para forjarse una identidad militante; leer constituyó “una práctica ineludible para convertirse en libertario” (Di Stefano, 2014, p. 8). Por lo mismo, se buscó, como indica Suriano, “convertir el acto de la lectura de material doctrinario en un hecho público al alcance de todos los activistas y la mayor parte posible de trabajadores” (Suriano, 2001, p. 114). Este enfoque invita a “pensar al anarquismo (...) como una comunidad lectora. Es decir, como un grupo que, a medida que se fue constituyendo, fue definiendo un modo de relacionarse con la cultura escrita” (Di Stefano, 2013, p.7).

Se identifican, de este modo, particularidades derivadas de lecturas y escrituras forjadas desde una mirada antiautoritaria y obrerista, a partir de la consideración de la cultura escrita como herramienta de formación política y para la revolución. En lo concreto, esto significó que las letras de sus “intelectuales obreros” serían valoradas solo en cuanto surgieran de experiencias y objetivos compartidos, sin injerencias ajenas al movimiento de trabajadores.

Como base para esta investigación se utilizarán las reflexiones de Mariana Di Stefano (2012) y Daniel Vidal (2020) respecto a la existencia de un lector anarquista particularizado, y la caracterización que Leandro Delgado (2010) realiza sobre los intelectuales ácratas. Estas categorías serán exploradas a través del caso de la Confederación General de Trabajadores de Chile, multigremial que actuó desde 1931 como sostén material y organizativo para la proliferación reflexiva sobre el anarcosindicalismo. Así, más que abordar el objeto escrito, sea en forma de periódico, folleto o libro, nos interesan las interacciones forjadas en sus páginas entre autores y lectores. Con esto, se busca acudir a la construcción de una identidad diferenciada dentro del anarquismo, gestada mediante la circulación internacional y local de textos y símbolos.

---

3 A lo largo de este artículo se utilizará la forma más extendida de escribir *anarcosindicalismo* (sin guion ni separación), manteniendo, en el caso de citas directas, el uso dado por sus autores respectivos.

## Recepción y la importancia de los lectores

A partir de los aportes provenientes de la Historia Intelectual y Cultural, particularmente los estudios sobre la recepción y circulación internacional de ideas, la concepción del anarcosindicalismo será entendida como parte de un proceso que considera “formas de circulación, difusión, interpretación, apropiación o rechazo de textos, conceptos, prácticas, imágenes”. Este acercamiento permite restituir los “contextos de recepción de esas ideas reponiendo el rol activo del lector” (Canavese, 2016).

En este sentido, si bien existieron “centros de germinación y transmisión de ideas” (Migueláñez, 2013, p. 92), ubicados principalmente en Europa (Francia, Italia y España), la información, de todas maneras, fue apropiada y comentada más allá de estos lugares; en este caso, por parte de los anarquistas latinoamericanos, pasando a conformar parte importante de su discurso público. Por lo mismo, no podemos desestimar la producción intelectual del anarquismo local solo porque superficialmente se vea “indistinguible”, e incluso “mimética”, a la de sus pares de Europa (Taibo, 2018, p. 21), ya que, al enfocarnos en “los modos, los canales y los agentes a través de los cuales” una idea determinada viaja de un lugar a otro, se reconoce la existencia de variables afincadas en un entorno con características particulares (Tarcus, 2015, p. 36). De este modo, propuestas, debates y discusiones vividas durante las décadas de 1920 y 1930 en el anarquismo, a propósito del desarrollo de Internacionales Obreras, circularon en diversas direcciones entre Europa y América, así como al interior de estos continentes, por medio de giras de militantes, correspondencia y propaganda escrita.

Al respecto, sin disminuir el rol de los encuentros y traslados internacionales en la circulación de la propuesta anarcosindicalista, nos abocaremos en esta investigación a la función de la lectura durante su proceso de recepción, considerando “el carácter activo y creativo de quienes buscan importar o adoptar ciertas ideas provenientes de otro contexto para hacerlas propias” (Tarcus, 2015, p. 37). Así, a través del significado percibido “por medio de esos pequeños signos impresos”, es posible “penetrar en el profundo misterio de cómo la gente se orienta en el mundo de los símbolos que le ofrece su cultura” (Darnton, 1994, p. 216). Las obras pueden derivar, entonces, en “significados múltiples que se producen en la lectura” debido a los requerimientos y experiencias del lector (Canavese, 2016).

Siguiendo a Darnton, la lectura, en cuanto “apropiación” y “distinción” contribuye a generar “una forma de conducta por medio de la cual un grupo social se define a sí mismo ante otro grupo social” (2003, p. 437). Frente a esto, Daniel Vidal, basándose en lo propuesto por Hans Magnus Enzensberger, ha señalado la existencia de un “lector anarquista” que, asentado en rasgos específicos de esta ideología, fijó modos propios para mediar su acercamiento al texto. Para este autor,

“Tras concebir la autoridad múltiple, móvil, circunstancial y voluntaria, el anarquismo desplaza la coerción y deja espacio para la libertad individual o, al menos, para la formación de criterio. Desde la lectura, el sujeto anarquista ejercería su potencia liberadora en ese otro orden determinante, el de las palabras y, en especial, en el

orden de los significados. El sujeto anarquista lograría desbrozar la red despótica que despliega el lenguaje y el autor. Esta es la potencia anárquica de la lectura que propuso Hans Magnus Enzensberger. Según su tesis, el lector puede rescatar del texto ‘conclusiones que el texto ignora’, también puede ‘alterar y reelaborar frases’, hojearlo ‘por cualquier parte, saltar pasajes completos’” (2020, p. 365).

De esta forma, al considerar lo que “un lector puede decirnos sobre sus lecturas” (Renán, 2003, p. 165), es posible identificar los elementos referenciales que nutrieron al anarcosindicalismo, remitiéndose a prácticas, experiencias e ideas específicas desarrolladas en un contexto particular. Esto se debe a que “el ‘mundo del lector’ está constituido por ‘comunidades de interpretación’ a la que pertenecen los lectores individuales. Cada una de esas comunidades comparte, en su relación con lo escrito, un mismo conjunto de ‘competencias, usos, códigos e intereses’” (Cavallo y Chartier, 2004, p. 18). En este sentido, no podemos desligar la recepción del anarcosindicalismo del escenario al cual se vinculó, ya que sus usos y apropiaciones se relacionan con “el tiempo histórico, social y personal de la lectora o lector” (Naria, 2000).

### El viaje del anarcosindicalismo hasta la Confederación General de Trabajadores

Durante el primer tercio del siglo XX, el anarquismo local, en concordancia con su vertiente internacional, adoptó el concepto *sindicalismo revolucionario* para referirse a su proyecto de organización en el movimiento obrero. Este término, proveniente de las agrupaciones gremiales francesas de finales del siglo XIX, fue discutido al interior del movimiento anarquista internacional en el Congreso de Amiens, en 1906, en donde su uso fue establecido para diferenciarse del sindicalismo político partidista (García, 1988, p. 17). De este modo, el término sindicalismo revolucionario fue adoptado para referirse a las organizaciones laborales ácratas; mientras que el anarquismo fue entendido como la doctrina cuya tarea era fijar su horizonte, es decir, una relación de medios y fines (Richards, 2007, pp. 111-130). En Chile, particularmente durante la segunda mitad de 1910, proliferó en las publicaciones de la época el término “sindicalismo revolucionario” o “sindicalismo libertario”, apareciendo en artículos originales, reproducciones de la prensa extranjera, en conferencias y folletos (Peña, 2021, pp. 99-153; Lagos, M., 2013, pp. 196-197).

A medida que las reflexiones sobre la relación entre sindicalismo y anarquismo se multiplicaban, paralelamente se fue desarrollando un proceso de diferenciación orgánica entre este último y otras corrientes obreras. De esta forma, siendo la tendencia previa a 1917 la heterodoxia ideológica y la convivencia de corrientes políticas identificadas ampliamente con el socialismo, época donde según el zapatero Luis Heredia: “Marx y Bakunin caminaban juntos, con uno que otro arañazo, como en los tiempos de la Primera Internacional” (2016, p. 22), a finales de la década el panorama ideológico y organizativo se vio surcado por diversos acontecimientos que transformaron profundamente esta perspectiva. El estallido de la revolución rusa y la fundación en Chile de la Industrial Workers of the World –IWW-, en 1919, contribuyeron a forjar una identidad ácrata más definida, basada en la afirmación de determinadas propuestas y la oposición a otras tendencias políticas dentro del mundo obrero.

El espacio de discusión transnacional derivado de la convocatoria a los diversos Congresos Internacionales fue central para vincular este nuevo enfoque con un concepto definitorio. De acuerdo con el historiador Paul Avrich, fueron los ácratas de Rusia, particularmente el grupo de Novomirsky en Odessa, quienes adoptaron por primera vez, en 1907,

“el nombre de ‘anarcosindicalista’, en vez del término francés de ‘sindicalista revolucionario’, en parte para destacar su peculiaridad rusa, y en parte para señalar que todos sus miembros eran ‘anarquistas’ (...), y también, por último, para diferenciarse de los anarcocomunistas que no estaban preocupados de forma tan exclusiva por el movimiento laboral” (1974, p. 85).

La expansión del término anarcosindicalismo por el resto de Europa occidental coincidió con el regreso a sus países respectivos de los grupos y delegados que habían acudido al llamado realizado por la Rusia revolucionaria. Motivados, en un primer momento, por la convicción, la búsqueda de información de primera mano y la solidaridad obrera, arrastraron a su vuelta la desilusión, el temor y la crítica que logró convencerlos que, ante la desesperanza del panorama venidero, el anarcosindicalismo era la respuesta.

Un paso hacia esta definición ocurrió con la decisión de los sindicatos de “las IWW, la Federación Obrera Argentina, La Federación Regional Obrera de Uruguay, los sindicalistas de los países escandinavos, la USI y la CNT”, vinculados al sindicalismo revolucionario o al anarquismo, de no formar parte de la Internacional de Sindicatos Rojos (Lehning, 1977, p. 66-67). En esa ocasión, el delegado español de la CNT, Ángel Pestaña, exclamó: “La revolución no es ni puede ser obra de un partido. A lo sumo, un partido puede fomentar un golpe de Estado. Pero un golpe de Estado no es una revolución” (en Guérin, 2004, p. 147). Producto de lo anterior, se determinó que el sindicalismo no puede ser neutral; en cambio, se debía adoptar una “una lucha activa contra los partidos políticos, cuya finalidad constante es apoderarse del poder estatal, no destruirlo” (Lehning, 1977, p. 71-72).

Entre los anarquistas de Chile, una editorial de fines de 1922 del periódico *Acción Directa*, llamada “Problemas del momento”, menciona a “los anarco-sindicalistas” que estaban siendo apresados y fusilados “en la Rusia de los Soviets” (*Acción Directa*, Primera quincena de noviembre de 1922, p. 1). También, a través del informe de Juan Mondaca, delegado de la IWW para el Congreso Sindicalista de Berlín, levantado como alternativa a la ISR, sabemos que tuvo contacto directo con esta denominación utilizada por los trabajadores alemanes para referirse a su organización: “Juventud Anarco-Sindicalista” (*Acción Directa*, 1ª quincena de marzo de 1923, p. 2).

A lo anterior, se sumó, en agosto de 1922, una inédita reflexión aparecida en el periódico santiaguino *Verba Roja*. El texto, titulado “¿Qué es el anarco-sindicalismo?”, escrito por un militante identificado como “Heráclito”, corresponde a uno de los primeros registros del uso público de este término en Chile, de acuerdo a la información consultada. Surgido como rechazo a lo que denominó “la desviación anarquista hacia el sindicalismo”, maridaje “dual y contradictorio” (*Verba Roja*, 2ª quincena de agosto de 1922, p. 1), este artículo no concitó respuestas o comentarios de sus compañeros, siendo una hoja aislada dentro de lo publicado y discutido en el período. ¿A

qué se debió esta falta de interés inicial – y reticencia- a la adopción del anarcosindicalismo por parte de los ácratas criollos?

Por una parte, si bien el movimiento anarquista, a inicios de la década de 1920, expresaba una manifiesta consolidación de sus organismos sindicales y culturales, que le permitió aumentar el alcance de sus reflexiones a nivel local e internacional, circunstancias internas y externas redireccionaron el foco de atención desde la conveniencia del anarcosindicalismo, a otros temas de mayor premura. De esta forma, la ampliación y diversificación de títulos y autores experimentada en la época no se centró en las relaciones entre el ideario ácrata y el movimiento obrero, sino que en intereses menos conocidos y más variados, como la lucha por la emancipación de la mujer, el neomalthusianismo y el naturismo (Peña, 2021b, pp. 47-53), y contra las leyes sociales promovidas desde el gobierno, como la ley 261 “sobre alquileres de habitaciones” (Verba Roja, julio de 1925, pp. 6-7) y la ley 4054, referida al Seguro Obligatorio (Tribuna Libertaria, 2ª quincena de noviembre de 1925, p. 1).

Ahora bien, en el plano organizativo, a pesar de no discutirse directamente sobre anarcosindicalismo, las tensiones irresueltas en torno a cómo debería establecerse el vínculo entre sindicato e ideología oficiaron como trasfondo para impugnar a la IWW. Efectivamente, desde 1923 en adelante, críticas acusándola de “centralista, *filomarxista*, caduca y autoritaria” se consolidaron (Muñoz, 2013, p. 117). Federico Serrano, en *Verba Roja*, denunció a “aquellos que en un principio desplegaron gran actividad en la propaganda antiautoritaria y antirreligiosa, hoy los vemos abolidos en los sindicatos industrialistas contribuyendo al reforzamiento del lema marxista ‘todo el poder a los sindicatos’” (Verba Roja, 2ª quincena de septiembre de 1923, p. 1).

Los cuestionamientos a la IWW derivaron en el abandono del modo de organización industrialista por parte de varios gremios, los que volvieron a generar agrupaciones en resistencia en base al oficio. El siguiente paso fue dar vida a la Federación de Organizaciones Autónomas en Resistencia, que reunió a albañiles, obreros en calzados, estucadores, obreros en maderas, baldosistas y obreros de imprenta (Autonomía y Solidaridad, 25 de julio de 1924, p. 1).

Sin alcanzar a zanjar las tensiones entre industrialistas y autonomistas, la atención anarquista debió centrarse en el avance militar en el gobierno, el cual, desde el denominado “Ruido de sables” en 1924, comenzó a hacerse más patente hasta derivar, en 1927, en la instauración de la dictadura de Carlos Ibáñez del Campo. A partir de entonces, la represión y la cooptación aplicada afectó a todo el espectro obrero y a un amplio grupo de políticos de oposición, incluyendo al movimiento ácrata local. Una “declaración oficial (...) afirmó que, ante las actividades anárquicas de un grupo de políticos y comunistas, se ejercería la autoridad sin contemplaciones ni vacilaciones”. Desde el gobierno fueron categóricos al proclamar que “desde hoy, en consecuencia, no habrá en Chile ni comunismo ni anarquismo” (El Andamio, 14 de noviembre de 1931, p. 1). Por medio de detenciones, relegaciones y el exilio se buscó desarticular al movimiento anarquista, el cual, pese a las adversidades, no logró ser “absolutamente dominado”<sup>4</sup>.

---

4 Según relata Heredia, “en ciertos periodos de esta dictadura, la Unión en Resistencia de Estucadores, Federación Obrera Regional Chilena y Federación de Obreros de Imprenta, hicieron algunas manifestaciones de importancia,

Con la caída de Carlos Ibáñez del Campo, en 1931, y en un ambiente de crisis económica internacional a propósito de la Gran Depresión, se desplegó un contexto más propicio para que el anarcosindicalismo pudiera arraigarse entre la militancia local. En este proceso, la rearticulación del sindicalismo libertario en la Confederación General de Trabajadores, fundada en noviembre de ese año, constituyó una base de apoyo determinante para su proliferación. A través de sus organizaciones, publicaciones e individualidades, el anarcosindicalismo fue pensado y difundido en base a las necesidades e intereses intelectuales del momento. El crecimiento de la producción de material impreso producido en Chile fue sustancial y, junto a esto, la irrupción de un destacado número de militantes que asumieron tareas intelectuales. La CGT se configuró, en este sentido, en la entidad anarcosindicalista por excelencia, debido a la solidez de su estructura, el alcance geográfico de su propuesta y al prolífico ambiente cultural e intelectual desarrollado en su interior. Su fundación fue percibida por sus mismos involucrados como un punto de inflexión dentro del anarquismo local, ya que “antes de la dictadura Ibañista, no existía aquí en Chile una organización de carácter netamente sindical que agrupara a los trabajadores lejos de cuestiones políticas, es decir, que orientara la tendencia del Sindicalismo Libertario” (Vida Nueva, 1ª quincena de abril de 1934, p. 4).

En consecuencia, el contexto de esos años instigaba a delimitar la propuesta sindical ácrata, estableciendo, a su vez, los elementos identitarios que les permitirían recomponer su acción movilizadora. En este sentido, el surgimiento del anarcosindicalismo constituyó una “necesidad reclamada por las circunstancias de la lucha misma, que, desde fines de la guerra, viene exigiendo concreción teórica y objetividad en los propósitos que se persiguen” (La Protesta, 2ª quincena de diciembre de 1934, p. 2).

Así se gestó el llamado a la Convención Nacional de Gremios Autónomos, convocada para el 31 de octubre y el 2 de noviembre de 1931. De aquel encuentro nació la CGT, cuya finalidad era luchar por el comunismo libertario (Heredia, 1935, p. 21). Entre los participantes destacaron gremios ligados tradicionalmente al anarquismo, como los trabajadores de la construcción y los gráficos<sup>5</sup>. Su cobertura abarcó a delegados y representantes de Valparaíso, Santiago, Rancagua, Curicó, Chillán, Temuco y Osorno (Muñoz, 2013, p. 120). En el plano internacional, la CGT mantuvo estrechas relaciones con la Asociación Continental Americana de Trabajadores y la Asociación Internacional de Trabajadores (Sanhueza, 1994, p. 174).

De tal manera, la CGT se constituyó como una organización de carácter federal, internacionalista, cuyos medios de lucha rechazaban el arbitraje oficial y las intervenciones del Estado, manteniéndose al margen de la legislación laboral y la sindicalización legal impuesta en la dictadura de Ibáñez. Además, en concordancia con las anteriores centrales libertarias, desarrolló variadas

---

destacándose el Manifiesto que éstas lanzaron el 1º de mayo de 1928 y la aparición del periódico *El Andamio* del gremio Estucadores, que clandestinamente publicó siete números” (2016, pp. 39-40).

5 De todas formas, es importante señalar que sindicatos ligados a gremios de la construcción y gráficos tuvieron una relación ambigua con la nueva central, manteniéndose autónomas algunas secciones de la URE y la FOIC hasta, por lo menos, 1937 (Sanhueza, 1994, pp. 52 y 90).

acciones de tipo cultural, enfocándose en la capacitación educativa y técnica de los trabajadores<sup>6</sup>, fomentando la creación de centros de estudios y conferencias (La Opinión, 1º de mayo de 1932, p. 3). Esta política fue profundizada durante la Tercera Convención Nacional de la CGT, celebrada en mayo de 1935, en donde se permitió la participación en su interior de los Centros de Estudios Sociales (Muñoz, 2013, p. 124), coaligando de forma más imbricada la ideología y la organización sindical con el objetivo de “hacer más amplia la Acción Anarco Sindicalista de la región y del país entero” (Germinal, 18 de mayo de 1935, p. 2).

La estrategia de reagrupación de los sindicatos anarquistas tuvo enormes frutos durante la década de 1930, registrando en el período ciento treinta grupos en la región chilena, así como la publicación y circulación de 35 periódicos (Muñoz, 2013, p. 59).

Considerando esto, la propagación del anarcosindicalismo destacó por el uso preferente de lo escrito, transformando el material impreso en el principal centro de la recepción de sus propuestas y símbolos. Por lo tanto, acercarnos a los debates y creaciones contenidas en las páginas de periódicos y folletos requiere sin duda conocer lo que leyeron los anarquistas de la época, pero, además, implica adentrarse en cómo fueron leídas estas publicaciones y qué reflexiones incubaron entre los propagandistas locales.

#### a. Lecturas militantes

El anarquismo consideró que “todo tipo de material impreso significaba un espacio de interlocución para las diversas agrupaciones ácratas” (De La Rosa, 2012, p. 31). Por lo tanto, la importancia del periódico y del folleto se debió a la capacidad de poner en discusión pública y convocante elementos relativos al movimiento, posibilitando, en este proceso, la recepción e interpretación del anarcosindicalismo.

En particular, la prensa cumplió funciones múltiples. Fue un “vehículo de información (y de expresión) crítico y alternativo”, un “soporte organizativo al movimiento” y una “plataforma de comunicación y de interrelación propia para el intercambio de ideas, estrategias, noticias, etc.” (Navarro, 2004, pp. 200-201). A través de esta, los anarquistas lograban “estar al día en lo que se refiere a (...) las opiniones sobre diversos temas de actualidad, y de una manera general, las ideas y principios fundamentales de la ideología” (Navarro, 2004, p. 201).

De este modo, los textos escritos oficiaron como generadores de “opiniones dentro del campo intelectual”, cumpliendo un rol clave en la enunciación de discursos y su articulación por parte de grupos anarcosindicalistas. Al “constituirse como ‘lugares’ desde los cuales los intelectuales, producen, debaten y problematizan ideas”, es posible “examinar los aspectos fundamentales de [esta] ideología y [sus] propuestas políticas” (Montaña, 2009, p. 1).

Teniendo en cuenta lo expuesto, entre la prensa del período destacaron como espacios de reflexión y difusión anarcosindicalista, *Vida Nueva* de Osorno, y, en Santiago, *La Protesta*, *El Anda-*

---

6 En el primer congreso de la CGT se “aprobó la creación, por parte de los sindicatos, de “comités de control y estadísticas” en las fábricas, talleres o lugares de producción que correspondiera” (Sanhueza, 1994, p. 177).

*mio* y *La Voz del Gráfico*. Siendo todas estas publicaciones producidas por obreros y destinadas a su lectura, la perspectiva otorgada por *El Andamio* y *La Voz del Gráfico*, en comparación a *La Protesta*, en tanto órgano oficial de la CGT a nivel nacional, y *Vida Nueva*, como su símil en la región austral, resulta sumamente valiosa, pues corresponden a voceros surgidos, primeramente, desde sus federaciones gremiales. Por lo tanto, “además de informar a sus afiliados sobre la economía y los problemas específicos de sus oficios, insertaban propaganda anarquista” (Muñoz, 2014, p. 51) con el objetivo de regular ideológicamente al “organismo sindical o (...) movimiento clasista que le da vida y consistencia económica” (*La Voz del Gráfico*, 8 de enero de 1936, p. 2).

El alcance de los periódicos mencionados fue impresionante. *La Protesta* editaba 1.200 ejemplares por número semanal (*La Protesta*, 1ª quincena de diciembre de 1934, p. 4), *La Voz del Gráfico* 1.500 (*La Voz del Gráfico*, 2ª quincena de junio de 1935, p. 4) -2.500 para fines de 1936 (*La Voz del Gráfico*, 8 de diciembre de 1936, p. 4)-, mientras que *El Andamio* 2.000 copias por número hacia 1932, pasando a 3.000 para su 8va edición (*El Andamio*, 16 de enero de 1932, p. 4). Este último se distribuyó, en el plano local, “desde Iquique a Puerto Montt” (*El Andamio*, 9 de abril de 1936, p. 2), llegando internacionalmente a “España, Argentina, Uruguay y otros países” (*El Andamio*, 18 de junio de 1936, p. 4). Fue repartido gratuitamente, “dejando a la libre voluntad de los compañeros cooperar con dinero para su sostenimiento” (*El Andamio*, 25 de diciembre de 1931, p. 2). Además, mantuvo significativas relaciones internacionales, por medio del canje de prensa, con Argentina, España, México, Estados Unidos y Francia (*El Andamio*, 4 de abril de 1936, p. 4)<sup>7</sup>.

En cuanto a *Vida Nueva*, expresó una fluida relación con sus pares de Francia, España y, en particular, con México, desde donde recibían escritos “exclusivos” enviados por la destacada anarquista Luz Meza Cienfuegos (*Vida Nueva*, 25 de diciembre de 1937, p. 1). A mediados de 1937, *Vida Nueva* complementó su alcance con la inauguración de una “librería selecta” encargada de la difusión de “los mejores libros de Naturismo y sociología” (*Vida Nueva*, 18 de julio de 1937, p. 6).

De este modo, la estructura organizativa y de propaganda que disponía la CGT constituyó un sostén provechoso para la difusión del anarcosindicalismo. Además de los artículos publicados al respecto, los periódicos de la época informaron de las lecturas disponibles durante los años 30', es decir, el trasfondo intelectual que posibilitó una nueva adopción identitaria. La diversidad de títulos difundidos se valió de la acotada pero meritoria producción local, así como de la notable red transnacional de envío de material doctrinario.

*Vida Nueva* anunciaba que tenía para su venta “libros y folletos de tendencia libertaria llegados del extranjero”. Entre estos estaban “Dictadura y Revolución” (Luis Fabbri), “Movimiento Marchnovista” (Archinoff), “Idealismo y Realismo Mezclado” (Armand), “Páginas de la Historia Socialista” (Varlan Tcherkesof), “Sembrando Ideas (Flores Magón), “Tierra y Libertad”, “El Cinema y la Realidad Social” (Alfonso Longuet), “Manifiesto Anarquista” (Pierre Ramus), “La Asociación

---

7 En otro número especificarían que mantenían canje con “periódicos libertarios de Argentina, Brasil, Uruguay, Perú, México, Ecuador, Colombia, Cuba, Estados Unidos, Francia y especialmente con España” (*El Andamio*, 10 de septiembre de 1937, p. 1).

Internacional de Trabajadores” (R. Rocker), “Los Anarquistas y la Reacción Contemporánea” (D. Santillán), “Miguel Bakunin” (Max Nettlau), “Germinal” (Rodolfo Rocker), y “Marx y el Anarquismo” (Rodolfo Rocker) (Vida Nueva, 15 de octubre de 1934, p. 3).

En cuanto a *La Protesta*, informaba que había recibido “del extranjero” los libros “Nueva Creación de la Sociedad por el Comunismo Anarquista” (Ramus), “Dictadura y Revolución” (Fabbri), “El movimiento machnovista” (Pedro Archinoff), “Artistas y Rebeldes” (Rocker), “Reconstrucción Social” (Diego Abad de Santillán), “El Cine y la Realidad Social”, “Evolución de la Sociedad Moderna”, “Manifiesto Anarquista” (Ramus), “Los anarquistas y la reacción”, Miguel Bakunin (Max Nettlau), y “Trabajador, no votes; soldado, no mates” (E. Girault) (El Andamio, 2 de noviembre de 1934, p. 4).

Respecto a la producción local de folletos, estuvieron disponible, junto a las obras de Juan Segundo Montoya, centradas en el naturismo y la organización campesina, y las reediciones sobre la España revolucionaria (Peña, 2021, pp. 55-57), dos importantes textos de propaganda y reflexión anarcosindicalista: “Cómo se construirá el Socialismo”, de Luis Heredia, publicado en 1936, y, en 1938, “Hacia un mundo nuevo. Teoría y práctica del anarco-sindicalismo”, escrito por el militante de la CGT Gregorio Ortúzar y el Dr. Isaac Puente de la CNT de España.

La obra de Heredia inauguró la editorial de la Confederación General de Trabajadores. Mediante donativos y pago anticipado de ejemplares (al precio de \$2.00), se pudo publicar este “interesante libro (...) que ha concretado en sus páginas la trayectoria del movimiento sindical internacional y chileno y cuyo corolario es la estructuración de la Sociedad de Productores” (El Andamio, 6 de diciembre de 1935, p. 2). Debido a su carácter proyectual, dentro del texto se incluyeron planes detallados, mediante diversos organigramas y gráficos, de la organización posrevolucionaria, con el objetivo de que “cuando se acerque el gran día de la liberación proletaria, cada obrero sepa lo que debe hacer” (Heredia, 1936, p. 3).

En cuanto al trabajo colaborativo “Hacia un mundo nuevo”, sus editores destacaron que el escrito de Ortúzar “es una exposición doctrinal maciza y certera del anarco-sindicalismo”, que, por su “estilo sobrio, claro y conciso”, busca ser accesible “a todas las mentalidades, incluso para aquellos lectores que nunca han leído una teoría social”. En este sentido, su texto se presentó como una “introducción doctrinal” al trabajo del Dr. Puente, el cual abordó la “aspiración finalista de la CNT”, centrándose en el rol administrativo de los sindicatos durante el proceso revolucionario, planteamiento corroborado, según los editores, con los sucesos ocurridos en España desde 1936 (Ortúzar y Puente, 1938, p. 4).

Ahora bien, el material de lectura disponible comprende solo una parte del complejo proceso de transmisión de ideas. Por medio de los testimonios de algunos lectores podemos conocer el alcance de estas obras en la configuración ulterior del ideario anarcosindicalista. De esto modo, José Cortés identificó como inspiración a escritores como Kropotkin, Fauré, Tárrida del Marmol, Anselmo Lorenzo, Ricardo Mella, Max Nettlau, Johan Most, Fermín Salvochea, Flores Magón, Alexander Berkman, Nestor Makhno, Práxedes Guerrero y Errico Malatesta (La Brecha, 4 de marzo de 1933, p. 2). Por su parte, según recordó Juan Segundo Montoya sobre su amigo Osvaldo Solís,

fueron libros como “‘La Conquista del Pan’ por Pedro Kropotkine, ‘Crítica Revolucionaria’ por Luigi Fabbri, ‘En el Café’ por Enrique Malatesta, ‘El Dolor Universal’ por Sebastián Fauré, ‘Ideario’ por Ricardo Mella” los que le “abrieron el campo de la sociología libertaria” (Vida Nueva, 27 de diciembre de 1934, p. 2). Para el autor bajo el seudónimo de “Rebelde”, su definición del “sindicalismo”, como “movimiento de la clase obrera hacia su emancipación integral”, fue estructurada a partir de “Sebastián Fauré”, y luego de “haber leído y escuchado una serie de teóricos oradores bastante autorizados en la materia” (El Andamio, 7 de enero de 1933, p. 6).

#### b. Los pensadores anarcosindicalistas

Existieron, entre los anarquistas locales integrantes de la CGT, agitadores que se erigieron como focos de irradiación teórica del anarcosindicalismo. Publicaron sus propuestas en sus voceros, abrieron el debate sobre su pertinencia para las luchas del momento y generaron una interpretación particular sobre el tema. En este sentido, contribuyeron, en su papel de propagandistas, al “establecimiento de (...) representaciones” e incentivaron la movilización de recursos por medio de la “circulación de militantes o prensa” (Migueláñez, 2013, p. 94).

Estos intelectuales del anarcosindicalismo fueron lectores en principio que luego dieron paso a la presentación pública de sus ideas mediante la escritura. Como señala Chartier, “los lectores son autores potenciales” (2006, p. 23).

Muchos opinantes circunstanciales que participaron en las instancias de debate sobre el anarcosindicalismo lo hicieron motivados por la necesidad de expresar su parecer públicamente, pero, además, por la posibilidad que les ofrecía el periódico de plantear o refrendar una idea. Al respecto, “colaboradores del periódico [ácrata] podían serlo todos aquellos-anarquistas o no-que supieran escribir y tuvieran tiempo suficiente para hacerlo” (Navarro, 2004, p. 256).

Considerando lo anterior, la figura del intelectual dentro de la tradición anarquista estuvo marcada por diversas tensiones y cuestionamientos en cuanto se impugnaba su rol como productor y autoridad. Una de las primeras manifestaciones de este rechazo puede rastrearse en las entrañas de la Internacional, donde los trabajadores de Francia, de ideas libertarias, plantearon en la conferencia de Londres, en septiembre de 1865, que “sólo los obreros manuales formaran parte de la Internacional”, ya que esta debía ser genuinamente una organización de trabajadores, sin injerencia ajena a sus intereses (García, 2015, p. 31). Esta tendencia, que conminaba a “los obreros industriales a confiar exclusivamente en sus propias fuerzas”, se extendió desde Francia bajo la denominación de *ouvriérisme* (Avrich, 1974, p. 104).

En Chile, concluyeron que “los intelectuales son domésticos ante que hombres, puestos siempre al servicio de los fuertes, para fomentar el adulo de la mediocridad” (El Andamio, 6 de febrero de 1932, p. 1). Juan Segundo Montoya agregaría que “los hombres ‘letrados’, los que pomposamente se hacen llamar ‘intelectuales’, rechazan el sindicato revolucionario, porque este no tolera la existencia de ‘vivillos’ que medran a costa del trabajo ajeno” (Vida Nueva, 25 de diciembre de 1937, p. 3).

Por lo tanto, respecto al caso chileno, no es posible hablar de “intelectuales” en un sentido convencional gramsciano. Es decir, si bien se reconoce que todo grupo social “crea al mismo tiempo y orgánicamente una o más capas de intelectuales que le dan homogeneidad y consciencia de su propia función”, estos no ejercieron en el anarquismo una “vocería oficial” de su colectividad, ni respondieron, a su vez, a los lineamientos fijados por algún sindicato o centro social. Tampoco recibieron una educación formal, como establece Gramsci en su caracterización (2001, pp. 388-393). Fueron, en cambio, “obreros intelectualizados”, según la tipología planteada por Leandro Delgado; no un grupo aparte, sino una voz opinante circunstancial, motivada por las necesidades del momento.

De esta forma, más que “intelectuales doctrinarios”, encargados de “la difusión de las teorías anarquistas en tareas de prensa y propaganda”, e “intelectuales autónomos”, “poetas, pintores, dramaturgos, educadores, etc.”, predominó en el movimiento ácrata local los “trabajadores manuales que adquirieron una formación autodidacta y estuvieron muy vinculados a la actividad de círculos y los centros” (Delgado, 2010, pp. 187-188). Fueron estos quienes se arrojaron a discutir, a través de la palabra escrita y hablada, la pertinencia de la propuesta anarcosindicalista.

Ahora bien, al basarse en los casos del anarquismo bonaerense y de Montevideo, la propuesta de Delgado se presenta demasiado esquemática al señalar que los “obreros intelectualizados”, “en casi la totalidad de los casos, no llegaron a ocupar cargos de responsabilidad en las publicaciones ni tuvieron una tarea destacada como intelectuales” (Delgado, 2010, pp. 185-186). Esta imposibilidad se debería a su formación autodidacta, en contraste con aquellos profesionales que sí lograron asumir tareas directivas.

En Chile, esta diferenciación no ocurrió. Primero, porque el acceso a la educación de los trabajadores fue mucho más restringido y tardío, manifestándose aun, bien entrado el siglo XX, un alto número de personas analfabetas (Censo de Población de la República de Chile, 1925, p. 303). En segundo lugar, la participación de profesionales – extranjeros o chilenos – en el anarquismo local fue mínima. Más allá de algunos estudiantes, exprofesores, y el apoyo circunstancial de ciertos abogados, la composición del anarquismo criollo fue por mucho tiempo eminentemente obrera. Así, al no contar con un grupo de “intelectuales doctrinarios” consolidado que acompañara en tareas de elaboración y difusión teórica, los mismos trabajadores debieron asumir esta responsabilidad.

En consecuencia, quienes se desempeñaron en Chile como administradores, directores, periodistas, articulistas y colaboradores de los distintos voceros gremiales con influencia anarquista, y que, por lo mismo, pusieron al alcance del público sus reflexiones sobre diversos asuntos, incluyendo la cuestión sindical, eran obreros que, además de dedicarse a la propaganda, ejercían su profesión (Navarro, 2004, p. 203). En las páginas de *Acción Directa* se aclaraba, en 1922, que “los que colaboramos en este periódico, vivimos de un salario ganado en el andamio, en la obra o en la fábrica. Dedicamos nuestras horas de descanso al periódico, que ha de llevar a nuestros hermanos la luz de la verdad” (*Acción Directa*, 2ª quincena de mayo de 1922, p. 1). Por su parte, *El Obrero Panadero* se presentó como un periódico “escrito por panaderos que conocen las causas y las miserias que nos agobia” (*El Obrero Panadero*, 24 de agosto de 1921, p. 3).

Esta característica de las publicaciones anarquistas fue sumamente valorada en el período, dotando el mensaje de legitimidad según la vida y obra de su(s) responsable(s). A este respecto, al momento de la publicación del folleto *Un llamado a los campesinos*, destacaron de su autor, su

“esfuerzo intelectual considerable (...) porque Montoya no es el revolucionario venido desde filas estudiantiles, sino que el compañero en su niñez apenas conoció las aulas de la escuela primaria y que ahora, con la sola experiencia de algunos años de militancia en el movimiento anarco-sindicalista, se lanza atrevidamente con este opúsculo vibrante (...)

El trabajo de Montoya es algo más que un ejemplo, es un latigazo a esos intelectuales sedicentos [*sic*] anarquistas que andan por ahí paseando su romanticismo sin hacer de utilidad ni siquiera un artículo de periódico” (La Protesta, 9 de diciembre de 1933, p. 2).

La desconfianza hacia la formación de “intelectuales orgánicos” que monopolizaran el contenido del mensaje y determinaran los límites de la discusión llevó a los anarquistas a promover enérgicamente la participación opinante de todos los trabajadores. Se buscaba, de este modo, diluir la figura de una autoridad concluyente sobre las formas de pensar y practicar el anarcosindicalismo. Federico Serrano expuso esta situación explicando que

“dejar que dos o tres llenen siempre sus columnas [del periódico *Autonomía y Solidaridad*], dejar que dos o tres lo distribuyan y lo vendan, dejar, en fin, que dos o tres vocean la anarquía en salones, calles y plazas, mientras una cuarentena se entrega a hacer y dejar pasar, no es obra de libertarios, es obra sólo de simples desahogos sindicales sin ápice de conciencia libertaria” (*Autonomía y Solidaridad*, 1º de mayo de 1924, p. 1).

De este modo, los anarquistas rechazaron la autoridad de quien no compartiera con ellos vivencias o experiencias de organización, y que, a su vez, se remitiera solo a aceptar pasivamente lo dicho por otros. Su concepción sobre la acción directa los motivaba a hacerse cargo, sin mediación, de asuntos que les competían como involucrados. Reivindicaron el principio de “dar a conocer al pueblo trabajador sus propias obras (...) inspiradas también por sus propios hijos”, según fue proclamado por la editorial C.G.T. (Ortúzar y Puente, 1938). Valoraron profundamente cuando las reflexiones provenían de individualidades con conocida actividad agitadora, fomentando encarecidamente que salieran “a la palestra tantos otros modestos compañeros que poseyendo inteligencia y fácil pluma” pusieran en circulación sus pensamientos. Con esto se combatía la actitud de quienes “se limitan sólo a aceptar como bueno lo que escriben los compañeros de otros países” (*Tribuna Libertaria*, 2ª quincena de noviembre de 1923, p. 3).

La convocatoria amplia y persistente para la participación intelectual fue respondida de forma entusiasta por algunos militantes que destacaron en distintas instancias culturales como focos de reflexión y debate sobre el anarcosindicalismo. Sobresalen, al respecto, los nombres

de Luis Heredia (zapatero), Gregorio Ortúzar (pintor), Félix López (electricista) y Juan Segundo Montoya (trofólogo), quienes se dedicaron en la época a abordar la pertinencia teórica, potencialidad y límites de esta nueva propuesta de transformación social. Gracias a la concurrencia intelectual de su pluma -y de otros autores anónimos- la producción de material original publicado en los años 30' al alero de la CGT experimentó una ingente proliferación.

La actuación intelectual de este colectivo no se limitó a su tarea como escritores, ya que intervinieron también en múltiples espacios de propaganda a lo largo de Chile. Por ejemplo, Félix López y Gregorio Ortúzar iniciaron el 19 de diciembre de 1931 una gira que los llevó a Rancagua, Curicó, Talca, Chillán, Concepción, Temuco y Osorno, y que finalizó el 10 de enero del año siguiente (El Andamio, 16 de enero de 1932, p. 3; El Andamio, 23 de enero de 1932, p. 1). Luis Heredia, en 1935, dictó una conferencia titulada “¿Qué es el socialismo?” en el local de los estucadores, ubicado en Av. La Paz 134, organizada por el “Centro de Estudios Sociales que funciona en el seno del gremio de Estucadores”. La estructura de la presentación, según fue anunciada con antelación, abordaría “Antecedentes previos – Marxismo – Sindicalismo – Comunismo – Anarco Sindicalismo – Los Consejos de Obreros – Estructura económica social de una Sociedad de Productores – El Triunfo del Socialismo”. Como era costumbre en estas actividades de aprendizaje y propaganda, se dispuso de una “tribuna libre para que puedan refutar los asistentes que no estén de acuerdo con algunos puntos de vista del conferenciante” (El Andamio, 25 de marzo de 1935, p. 3).

Del mismo modo, Heredia jugó un rol central en la serie de giras de propaganda realizadas a mediados de 1936, y que lo llevaron a Curicó y Talca (con una presentación programada en Concepción), donde trató “El anarcosindicalismo en la lucha de clases” y “El nacismo en la lucha de clases”, respectivamente. La evaluación de estas conferencias parece haber sido sumamente favorable - “de óptimos resultados”-, permitiendo “la divulgación del anarcosindicalismo y el afianzamiento de las bases confederales en ambos pueblos” (La Protesta, 1ª quincena de agosto de 1936, p. 4).

Este grupo de propagandistas tuvo también a su disposición cargos importantes dentro de la CGT y en sus gremios respectivos, que reforzaron los espacios de visibilización de sus ideas. Félix López, además de secretario de propaganda en el Sindicato único de Electricista (La Protesta, 17 de noviembre de 1934, p. 4), fue responsable de la redacción de *La Protesta* durante sus primeros años, hasta que, a fines de 1932, “por habersele encomendado otras tareas”, se le encargó su edición a una “Comisión Administrativa”, de la que, eventualmente, se haría cargo Ortúzar (La Protesta, 24 de diciembre de 1932, p. 5; La Protesta, 11 de noviembre de 1933, p. 2). Gregorio Ortúzar y Heredia fueron miembros del Consejo Regional de la CGT en diferentes períodos, aunque, a partir de 1937, este último pasaría a desempeñarse como Secretario General del Consejo Nacional (Vida Nueva, 17 de enero de 1937, p. 4). Por su parte, Juan Segundo Montoya, principal inspirador y encargado del periódico *Vida Nueva* (Vida Nueva, 17 de noviembre de 1935, p. 2), ejerció, asimismo, como delegado de la Federación Obrera Local de Osorno, Secretario General del Consejo Regional de la CGT y dirigente del Frente Anti-Fascista (Vida Nueva, 5 de febrero de 1938, p. 1; Vida Nueva, 21 de enero de 1939, p. 5).

Dentro de este panorama de propagación del anarcosindicalismo, es posible observar un predominio casi completo del espacio público de debate por parte de los hombres de la CGT, quienes, además, controlaron los cargos de responsabilidades dentro de la organización<sup>8</sup>. Así, a pesar de que algunas contribuciones en el período fueron realizadas de forma anónima o bajo un seudónimo, la década del 30' fue bastante excluyente con relación a las teorizaciones de sus compañeras. Esta situación derivó, lamentablemente, en una reducción evidente de las voces opinantes.

El artículo de María Montoya N.<sup>9</sup>, “Razonamientos ideológicos de una mujer”, fue una excepción a este dominio masculino. Inicia su escrito señalando cómo “los momentos críticos y agonizantes que vive la sociedad” la llevaron a “colaborar con el hombre en todas aquellas actividades libertarias que tengan como noble finalidad el bienestar social”, concluyendo que “las ‘caducas ideas de partidos y religiones’ deberían ser reemplazadas por el ‘Comunismo Libertario que propagan los anarco sindicalistas’ (Vida Nueva, 15 de septiembre de 1934, p. 3).

### c. Marcas en rojinegro

A la par de las discusiones mediante lo escrito en torno a la conveniencia del anarcosindicalismo, se desarrolló, durante la década de 1930, un proceso de identificación individual y grupal dentro de la militancia criolla en torno a este concepto. Hubo así personas y organizaciones de diverso tipo que comenzaron a adoptar el término *anarcosindicalista* para referir a un posicionamiento particular dentro del heterogéneo movimiento ácrata, conformado por referencias comunes y símbolos compartidos. De esta forma, para que el anarcosindicalismo pasará a formar parte de su discurso público, debieron generar un “conjunto de creencias’ que no fueran específicas a cada individuo, sino ‘comunitarias y convencionales’”, una “comunidad interpretativa” que compartiera significados en común (Vidal, 2020, p. 366). La CGT se conformó, en este sentido, en el espacio donde convergieron los principales intercambios y las expresiones sobre el tema.

Al respecto, a fines de 1932, durante la preparación de la II Convención Nacional de la CGT, fue destacado cómo “los anarco-sindicalistas o sindicalistas libertarios, al comprender y prever la clarísima realidad que vivimos, le asignamos en su justa apreciación de lucha de clase el rol que deben desempeñar nuestros sindicatos adheridos a la C.G.T.” (El Andamio, 31 de diciembre de 1932, p. 3). En *El Andamio*, a su vez, hablaban de la “Confederación General de Trabajadores, [como la] organización anarco-sindicalista del proletariado de Chile” (El Andamio, 8 de abril de 1933, p. 2).

Considerando esto, los militantes que comenzaron a asumirse anarcosindicalistas se congregaron en las páginas de los voceros oficiales de esta organización. En *Vida Nueva* de Osorno, la cuestión fue abordada bajo el sugerente título “Cómo concebimos una sociedad sin gobierno los

---

8 Adriana Palomera y Alejandra Pinto identifican, de igual forma, respecto a los primeros decenios del siglo XX, el “predominio de los hombres en el plano de la escritura ideológica” (2006, p. 17). Por su parte, señala Taibo: “Los movimientos anarquistas fueron mayoritariamente masculinos, como masculinos resultaron ser también casi todos sus portavoces y casi todos los autores de los libros y de los folletos que difundieron. Esta circunstancia se reveló de forma singular, por otra parte, en el caso del anarcosindicalismo” (2018, p. 33-34).

9 María del Carmen Montoya Nova, hermana menor de Juan Segundo Montoya, y, según Eduardo Godoy, una de las “más cercana”, quien en algún momento de su vida profesó también “sus ideas políticas y su estricta moral naturista” (2013, p 21-22).

Anarco-Sindicalistas” (Vida Nueva, 30 de octubre de 1934, p. 1). Por su parte, el periódico *El Andamio* agrupó algunos artículos recibidos en una sección llamada “Temas sobre anarco-sindicalismo” (El Andamio, 9 de julio de 1937, p. 2; 23 de julio de 1937, p. 2). El título de esta sección variaría en números posteriores a “Temas de orientación doctrinaria” (El Andamio, 10 de septiembre de 1937, p. 2). Denominación similar se estableció en *La Protesta*, “Nuestros problemas”, para abordar la temática “Anarquismo o Anarcosindicalismo” (La Protesta, 30 de noviembre de 1935, p. 3)

De esta forma, a través del mote “Nuestros asuntos” se generaba una enunciación colectiva; un “nosotros” basado en determinados elementos de identificación grupal vinculados a una nueva categoría dentro del diverso movimiento anarquista. Como explica Mariana Di Stefano, este tipo de denominaciones grupales crea “una representación de una espacialidad común y compartida que produce un efecto de acercamiento entre los dialogantes y de la palabra dicha en cualquier lugar del mundo” (Di Stefano, 2012, p. 9). Producto de lo expuesto, existió en la militancia de la CGT un deber en “interesar al mayor número de personas por la lectura de folletos, periódicos y revistas que divulgan los principios del anarco-sindicalismo” (Vida Nueva, 10 de noviembre de 1935, p. 3).

En este proceso, 1935 fue un año determinante, marcado por avances y tensiones en la recepción del anarcosindicalismo. En la edición de junio de *La Voz del Gráfico*, la Federación de Obreros de Imprenta proclamó en que “siempre fue, es y será anarcosindicalista”, ya que lucha por la emancipación integral del proletariado, “venciendo el anquilosamiento y la cobardía en que lo ha sumido el reformismo político y sindical” (La Voz del Gráfico, 2ª quincena de junio de 1935, p. 3). Por su parte, la Federación Obrera Local de Santiago, adherida a la C. G. T., efectuó una “concentración extraordinaria de los grupos anarcosindicalistas de barrios y gremios”, donde se trató “lo relacionado con la acción que el anarcosindicalismo debe desarrollar en el momento actual” (El Andamio, 26 de julio de 1935, p. 4). El llamado tendría resultados concretos con la creación de la “Agrupación Anarcosindicalista de Santiago”, heredera del impulso específico que reivindicó la preferencia del trabajo ideológico<sup>10</sup>. Esta organización se abocó al desarrollo de veladas de carácter cultural donde se estudiaban temas “de sumo interés doctrinario” (El Andamio, 12 de julio de 1935, p. 4).

La aparición de más grupos e instancias que reivindicaron la etiqueta anarcosindicalista provocó la reacción de quienes tenían un desdibujamiento ideológico que llevará al debilitamiento del movimiento local. Durante este proceso devendría una cohabitación con categorías previas o un reemplazo tajante. A este respecto, en la conferencia organizada por el Centro de Estudios Sociales del gremio de estucadores, dictada por el “periodista obrero” H. Zatur, titulada “Tres aspectos de la organización revolucionaria”, se invitaba a “todo el elemento proletario de la capital, en especial a aquellos que se manifiestan en desacuerdo con el anarco-sindicalismo, pues [disponían] de tribuna libre” (El Andamio, 30 de mayo de 1935, p. 2). El debate se centraría en las interrogantes identitarias: “¿somos anarquistas? ¿somos anarco sindicalistas? He ahí lo que se controvierte y que conviene aclarar en bien de la unidad de acción del elemento libertario” (La Protesta, 23 de noviembre de 1935, p. 2).

---

10 Según Sanhueza Tohá, la Agrupación Anarcosindicalista sería “seguramente continuadora de la anterior Agrupación Anarquista Local” (1994, p. 106).

Igualmente, durante una asamblea realizada el domingo 29 de diciembre de 1935 se discutió en torno al tema “Anarquismo o Anarcosindicalismo”. En dicha ocasión expusieron Luis Heredia, el “compañero Fernández”, “después habló [Pedro Nolasco] Arratia”, y le siguieron “siete u ocho camaradas que, desgraciadamente, no profundizaron en el tema” (La Protesta, 2 de enero de 1936, p. 3).

Por su parte, un militante anónimo aclaraba que el anarcosindicalismo no poseía un contenido doctrinal propio y aparte del anarquismo, siendo, en cambio, “un medio como cualquier otro” (La Protesta, 30 de noviembre de 1935, p. 3), “porque el anarcosindicalismo es una de las tantas modalidades en que se manifiesta la militancia anarquista. Por lo tanto, es una parte, no el todo.” (La Protesta, 14 de diciembre de 1935, p. 3). Opinión similar fue manifestada por un trabajador tipográfico identificado como Rockafuerte, quien, respondiéndole a un artículo de Luis Heredia aparecido en *La Protesta* n°52, aclaró que “el anarcosindicalismo es solo un sistema de organización obrera, un arma de defensa y de combate del proletariado organizado, una interpretación como tantas otras de la lucha de clases, inspirada en el anarquismo” (La Voz del Gráfico, 8 de enero de 1936, p. 3).

Una forma de evitar que estas controversias provocaran la fragmentación de la militancia fue reforzar aspectos coincidentes; elementos que podrían resaltarse a través de la oposición con otras tendencias ideológicas en el mundo obrero. En este sentido, el anarcosindicalismo manifestó su rechazo a las concepciones neutralistas dentro del sindicalismo, criticando la acción gremial abocada exclusivamente a las reivindicaciones económicas. Este reparo provocó un ambiente de insidia “en los corrillos del cemento revolucionario (...) respecto a la posición política que ocupa el movimiento anarco-sindicalista frente al sindicalismo en general. Estas críticas emanan, unas veces de los sindicalistas puros y otras de los bolchevistas [*sic*] de izquierda y de derecha” (El Andamio, 25 de marzo de 1935, p. 2).

Desde el anarcosindicalismo contestaban que, al contrario de la acusación de divisionistas que se les imputaba, buscaban la unidad, luchando para que “los trabajadores se emancipen por intermedio de sus [propias] organizaciones” (El Andamio, 28 de marzo de 1935, p. 2).

Así, la identidad anarcosindicalista se fue arraigando en el lenguaje como sinónimo de revolución, en contraste con la alternativa reformista. Según señalaban en *El Andamio*:

“en el mundo hay dos clases, oprimidos y opresores, y dos caminos a seguir, el revolucionario y el reformista.

El reformista lo representan las corrientes que se agrupan en los partidos políticos, el revolucionario está representando en los sindicatos y agrupaciones libertarias que siguen y cultivan las tácticas del anarcosindicalismo” (El Andamio, 14 de marzo de 1936, p. 3).

Por lo tanto, el anarcosindicalismo surgía, de acuerdo con Gregorio Ortúzar, debido a la necesidad de establecer claramente los organismos y formas de organización que devendrían de la anhelada Revolución Social, reconociendo que el anarquismo solo había enunciado elementos

generales, “por temor a caer en vicios autoritarios si se llegaba a formular y a precisar ‘apriorísticamente’ las bases de la estructuración futura” (Ortúzar y Puente, 1938, p. 8).

De esta forma, para los anarquistas de esos años, el anarcosindicalismo fue presentado como “la teoría, el método y la táctica que más se ajusta a las necesidades revolucionarias del presente, al mismo tiempo que contiene los elementos celulares vitales para la estructuración de una nueva economía social” (Ortúzar y Puente, 1938, p. 9). Este proceso fue concebido como una “actualización ideológica” adaptada a los tiempos que se vivían. La razón que se esgrimía para este cambio era que “con doctrinas viejas no se puede concebir ideales nuevos; los momentos que vivimos exigen una renovación total de los valores espirituales, exigen una transformación completa en el orden económico y una nueva administración en todo orden de cosas” (Vida Nueva, 30 de julio de 1934, p. 1). Desde *Vida Nueva* se señalaba que “la clase trabajadora de nuestro país se debate en una desorientación de dolorosas consecuencias, los anarco sindicalistas estamos obligados a esclarecer el horizonte social con la prontitud que las circunstancias lo exigen” (Vida Nueva, 30 de septiembre de 1934, p. 2).

Dentro de estas clarificaciones fueron delineados también elementos ligados al comportamiento moral anarcosindicalista; una nueva forma de ser dentro del mundo obrero y ácrata. Así, en *Vida Nueva*, Juan Segundo Montoya (bajo el seudónimo de “Arauco Indomable”), hablándole “a los militantes del anarco sindicalismo”, indicaba que estos debían actuar en todo momento como propagandistas, llevando siempre consigo “folletos periódicos y manifiestos en los bolsillos con el fin de desparramar la semilla anarquista”. Adicionalmente, requerían poner en práctica “su dinamismo creador, de tal manera que donde vaya trate de organizar un Grupo o Sindicato”. Por lo tanto, debían “entregarse por entero a la revolución que tienen en marcha los anarquistas del mundo” (Vida Nueva, 1º de septiembre de 1935, p. 2).

En *El Andamio*, a su vez, apuntaban: “Lealtad, respeto mutuo, sinceridad. He ahí los atributos que el suscrito anarcosindicalista cree indispensable para emprender con éxito la batalla por la liberación de los oprimidos”. Esta concepción íntegra – continuaría el anónimo escritor - “es lo que se llama ser conscientes, ser anarcosindicalistas en la teoría y la práctica” (El Andamio, 2 de agosto de 1935, p. 4).

Desde una perspectiva más específica, surgida de la experiencia laboral de los pintores, se delinearon comportamientos cotidianos vinculados al mismo tiempo al gremio y a la CGT. De este modo, señalaban:

“Lo que siempre ha destacado en las obras al pintor anarcosindicalista, es su afán organizador, su altivez frente a la prepotencia de los contratistas y sus acusados sentimientos de solidaridad de clase.

(...) Los pintores anarcosindicalistas, C. G. T., no son pateros ni intrigantes, ni toleran el trato despótico que algunos contratistas de mentalidad primitiva, de negreiros, acostumbran a dar a los que con su sudor están enriqueciéndolos.

En cuanto a solidaridad, jamás se quedan atrás. Sacrifican goces para cooperar con su óbolo a las huelgas y campañas de propaganda revolucionaria.

La gran satisfacción del obrero C. G. T. es ser consecuente con el anarco-sindicalismo porque sabe que solo así se prepara un futuro revolucionario emancipador” (El Pintor, 29 de octubre de 1937, p. 1).

La delimitación de quienes se asumieron como anarcosindicalistas no aspiró a asentarse en una organización, o incluso en un país determinado, pues sus componentes, en primer lugar, nunca fueron exclusivos de Chile, y, sobre todo, porque su integración respondió principalmente a coincidencias ideológicas con afines de otras zonas del planeta en base a una tradición y símbolos comunes. En este proceso, la realidad local se insertó en un imaginario transnacional con el cual dialogaba. Bajo títulos como “Los Anarco Sindicalistas Españoles fundamentan el porvenir en el trabajo” (Vida Nueva, 17 de enero de 1937, p. 2), o “Todos los trabajadores del mundo debemos ayudar a los anarco-sindicalistas españoles” (Vida Nueva, 29 de mayo de 1937, p. 2), la militancia criolla se reconoció en sus pares europeos, difundándose la identidad anarcosindicalista junto a noticias sobre la situación revolucionaria de España. Sobre esto, en *El Andamio* explicaban:

“ha sido en estos últimos años, desde el 31 acá y en particular desde el estallido de la Revolución Española, cuando el gremio ha venido a formarse una clara conciencia de que toda su actuación pasada y presente ha estado encuadrada en el anarcosindicalismo. Y es por esto que hoy lo acepta como doctrina inspiradora de sus luchas y liberación futura” (El Andamio, 3 de junio de 1938, p. 3).

Los anarquistas de Chile adoptaron de sus pares españoles, igualmente, el uso de la bandera rojinegra como símbolo del anarcosindicalismo. Dejando atrás el rojo que los había caracterizado (Lagos, M., 2014, pp. 720-732; Suriano, 1997)<sup>11</sup>, la aceptación de este nuevo estandarte implicó el surgimiento de una “identidad colectiva” particular (Pérez Ledesma, 1997, pp. 226-227). La utilización de la bandera rojinegra, como parte de “un peculiar entramado simbólico”, buscó “cohesionar la representación del colectivo trabajador, otorgarle una identidad y contribuir a la constitución del imaginario social obrero” (Suriano, 2001, p. 300). Por lo tanto, esto no fue solo el cambio de un color en la bandera, sino que una expresión de una transición ideológica. El rojo, que por mucho tiempo agrupó la amplia diversidad del movimiento obrero internacional (que incluía demócratas, socialistas y anarquistas) (Lagos, M., 2014, pp. 720-721), dio paso a una representación propia del anarquismo: el negro<sup>12</sup>, expresando, con esto, la necesidad de la guía ideológica en la organización sindical.

---

11 En 1912, a raíz de la conmemoración del 1º de mayo, fue posible leer “gran número de estandartes, banderas rojas y pancartas con consignas típicamente anarquistas” (Grez, 2007, p. 236).

12 El color negro estuvo ligado al anarquismo desde su adopción por Louise Michel durante los agitados días de protestas en París, a fines del siglo XIX. Luego, en Rusia, hacia 1917, las fuerzas anarquistas de Néstor Makhno fueron conocidas como “ejército negro”, en base al color de su bandera (Toledo, 2014).

Según relata Abel Paz, el origen de la bandera rojinegra se encontraría en 1931, en España, a propósito de la conmemoración del 1º de mayo. En la reunión preparatoria, llevada a cabo el 27 de abril en el Sindicato de la Construcción,

“uno de los problemas que se presentó fue decidir bajo qué bandera se iba a desfilar. La cuestión no era meramente de forma, ya que tenía un fondo teórico importante, que arrancaba de una polémica surgida en 1919 entre los componentes del grupo anarquista ‘Bandera Roja’ y el grupo anarquista ‘Bandera Negra’. Los primeros, aunque anarquistas-puesto que fue desde su periódico desde donde ya en 1919 se lanzó la idea de pasar a la constitución de una Federación Comunista Anarquista Ibérica- ponían mayormente el acento en la cuestión sindical obrera; los segundos, más radicales, entre los que militaba García Oliver, eran anarquistas más principistas y, por tanto, más distanciados (en aquella época) de las cuestiones puramente sindicales. Una viva controversia se entabló entre los dos grupos, prolongándose prácticamente hasta 1930. (...) Pero con la proclamación de la República, y a la vista de las perspectivas que facilitaban el movimiento de masas, dicha polémica carecía de sentido. Sin embargo, era preciso dejar constancia del acuerdo mutuo. Y fue justamente García Oliver quien propuso dar expresión plástica al acuerdo, haciendo de las dos banderas una sola; la bandera rojinegra. Por primera vez en la historia, la bandera rojinegra presidiría una manifestación de la CNT-FAI” (Paz, 1996, p. 254).

Así, la bandera rojinegra se difundió como sinónimo de anarcosindicalismo encarnado en las organizaciones de la CNT y FAI, y, como símbolo de identificación, estuvo presente, desde entonces, en sus mítines públicos, en reuniones, marchas (Suriano, 2001, p. 306), documentos, e, incluso, en sus vestimentas y viviendas (Toledo, 2014).

En Chile, a fines de 1937, la Federación Anarquista de Santiago estableció en su “estructura orgánica” la “bandera de lucha con los colores rojo y negro en sentido diagonal superpuestos” (La Protesta, 2ª quincena de diciembre de 1937, p. 6). Por su parte, en el segundo aniversario del comienzo de la Guerra Civil española, organizado por la CGT y Solidaridad Internacional Antifascista en el Teatro Caupolicán, destacaban “dos grandes banderas rojinegras, colores que simbolizan el anarcosindicalismo; a un lado se exhibía un cuadro que simbolizaba la España revolucionaria atacada por un monstruo fascista” (La Voz del Gráfico, 1ª quincena de agosto de 1938, p. 2). En 1938 también se publicó el libro *Hacia un mundo nuevo. Teoría y práctica del anarco-sindicalismo*, que reunió textos de Gregorio Ortúzar, por parte de la CGT, y de Isaac Puentes, militante de la CNT, consolidando esta identificación en la presentación rojinegra de su portada (Ortúzar y Puente, 1938).

## Conclusión

El desarrollo del anarcosindicalismo se presentó como una alternativa ideológica y organizativa anclada en condiciones históricas particulares. Durante mucho tiempo existió una visión historiográfica que vinculaba “automáticamente el anarquismo al movimiento obrero”, lo que “oclu-

yó de manera significativa las profundas divergencias existentes en este movimiento” (Suriano, 2001, p. 75). Así, a pesar de que el anarquismo había estado presente entre los trabajadores desde el surgimiento de las asociaciones gremiales, su relación con el movimiento obrero fue mucho más compleja. Estuvo cubierta de solidaridades, pero también de tensiones, de coincidencias y conflictos. Producto de esto, la construcción del anarcosindicalismo se manifestó como un proceso de largo alcance que se desarrolló en base a interacciones múltiples entre organizaciones e individualidades asentadas en distintas partes del planeta.

Lo que hemos querido plantear a través de esta investigación es que la concepción anarquista sobre los sindicatos no sólo se manifestó en lo laboral y político, sino también en el plano intelectual y cultural. No corresponde solo a los anarquistas en las uniones gremiales, sino a lo que estos pensaron sobre estas instancias y cómo las integraron en su imaginario y prácticas cotidianas para avanzar hacia la Revolución Social.

Fue así que, en la década de 1930, la CGT se erigió como la central anarcosindicalista por excelencia en Chile. Gracias a su estructura de carácter nacional, las discusiones al respecto pudieron desarrollarse a través de diversos medios (conferencias, periódicos, folletos, libros), conectando pueblos y ciudades del país con las ideas circulantes a nivel internacional. En este sentido, el anarcosindicalismo se gestó y adoptó a nivel local como diálogo entre lectores y escritores a través de lo publicado, un espacio para la germinación en comunidad de ideas y símbolos identitarios, marcado, en este caso, por el llamado a la participación amplia y descentralizada, que no se remitiera a ningún autor canónico, y que, en cambio, reivindicara las capacidades de los mismos trabajadores para retratar y reflexionar sobre su experiencia y proyectos políticos.

De esta forma, la hegemonía alcanzada por el término anarcosindicalista en el léxico identitario local, extendida durante el desarrollo de la Revolución Española, se confrontó, a partir de los años 40, no al neutralismo ideológico-ya en franca retirada-, sino al ascenso efervescente del socialismo-comunismo entre los sindicatos nacionales tras la victoria del Frente Popular en 1938. Por lo tanto, sostenido principalmente por el gremio de estucadores, imprenteros y zapateros, el anarcosindicalismo se configuró en un refugio para la aislada y decreciente actividad desarrollada a mitad del siglo XX (Lagos, A., 2001, pp. 25-67). La reducida pero enérgica presencia ácrata en estos gremios, que incluso – como lo hemos visto- reinterpretaron su pasado para reconocerse desde sus orígenes como anarcosindicalistas, debió haber contribuido a la historiografía sobre el tema para utilizar este concepto en períodos en que su uso no fue conocido. Pero lo cierto es que el anarcosindicalismo, a pesar de su empleo generalizado en lo venidero, no evitó la reivindicación de la necesidad de un organismo específico organizado a partir de lo ideológico que regulara la acción sindical bajo los preceptos anarquistas. Esta lectura llevó a que, en los próximos años, junto a la CGT, se mantuviera en funcionamiento, igualmente, la Federación Anarquista de Chile; siguiendo el modelo español (Godoy, 2023, pp. 170-201; Peña Castillo, 2021, pp. 185-188).

## Fuentes

- Acción Directa, Santiago, 1922-1923.
- Verba Roja, Santiago, 1922-1925
- Tribuna Libertaria, Santiago, 1923-1925.
- Autonomía y Solidaridad, Santiago, 1924.
- El Andamio, Santiago, 1927-1939.
- La Protesta, Santiago, 1931-1937.
- La Brecha, Iquique, 1932.
- Vida Nueva, Osorno, 1934-1939.
- La Voz del Gráfico, Santiago, 1935-1938.
- Censo de Población de la República de Chile, Santiago de Chile, 1925.

## Bibliografía

- Adams S., M. (2016). *Posibilidades para una historia anarquista: repensando el canon y escribiendo historia*. En *Erosión* (N°6), 7-33.
- Arratia, A. (1923). *El Comunismo en América*. Santiago de Chile: Editorial LUX.
- Avrich, P. (1974). *Los anarquistas rusos*. Madrid: Alianza editorial.
- Barrancos, D. (1990). *Anarquismo, Educación y Costumbres en la Argentina de principios de siglo*. Buenos Aires: Editorial Contrapunto.
- Bakunin, M. (2007). *Dios y el Estado*. Buenos Aires: Ediciones Terramar.
- Canavese, M. (2016). Dossier: Recepción, circulación y usos de ideas emancipatorias en la Argentina del siglo XX. Programa Interuniversitario Historia Política, UBA, CeDInCI-UNSAM.
- Cappelletti, Á. y Rama, C. (Comp.). (1990). *El Anarquismo en América Latina*. Venezuela: Biblioteca Ayacucho.
- Cavallo, G. y Chartier, R. (Dir.). (2004). *Historia de la lectura en el mundo occidental*. España: Taurus Minor.
- Chartier, R. (2006). *Cultura escrita, literatura e historia*. México: FCE.
- Darnton, R. (2003). *El Coloquio de los lectores: ensayos sobre autores, manuscritos, editores y lectores*. México: Fondo Cultura Económica.
- Darnton, R. (1994). *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*. México: FCE.
- Delgado, L. (2010). *La participación del anarquismo en la formación del intelectual autónomo en el Río de la Plata (1900-1930)*. En *A Contra Corriente* (N°1), 163-197.
- DeShazo, P. (2007). *Trabajadores urbanos y sindicatos en Chile (1902-1927)*. Santiago: DIBAM.
- De La Rosa, M. (2012). *La figura de Diego Abad de Santillán como nexo entre el anarquismo argentino, europeo y latinoamericano, 1920-1930*. En *Iberoamericana* (N°48), 21-40.
- Di Stefano, M. (2013). *El Lector libertario. Prácticas e ideologías lectoras del anarquismo argentino (1898-1915)*. Buenos Aires: EUDEBA.

- Di Stefano, M. (2012). *La configuración de la subjetividad libertaria en el periódico La Protesta Humana*. En Revista de Investigación del Departamento De Humanidades y Ciencias Sociales Universidad Nacional de La Matanza (N°2), 1-12.
- Domínguez, L. (2017). *Un itinerario por los proyectos editoriales del anarquismo en Argentina: cambios, maniobras y permanencias*. En Izquierdas (N°33), 21-41.
- García, V. (2015). *La Internacional obrera*. Santiago: Idea Ediciones.
- Godoy, E. (2014). *Juan Segundo Montoya. La consecuencia de un anarcosindicalista y naturista libertario en Chile*. Santiago: Editorial USACH.
- Godoy, E. (2023). *Alzando el puño. Juan Segundo Montoya y la historia del anarquismo en Chile (1899-1988)*. América Latina: Cúlmine Ediciones – Editorial Eleuterio.
- Guzzo, C. (2014). *Libertarias en América del Sur, de la A a la Z*. Buenos Aires: Libro de Anarres.
- Gramsci, A. (2001). *Antología*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Grez, S. (2007). *Los anarquistas y el movimiento Obrero: La alborada de “la Idea” en Chile, 1893-1915*. Santiago: LOM ediciones.
- Heredia, L. (1936). *Cómo se construirá el socialismo*. Valparaíso: Impresiones “Gutenberg”.
- Heredia, L. (2016). *El anarquismo en Chile (1897-1931)*. Santiago: Idea Ediciones.
- Lagos, A. (2001). *El Anarcosindicalismo en Chile durante la década de 1950*. Santiago: Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia, Universidad de Chile.
- Lagos, M. (2013). *Experiencias educativas y prácticas culturales anarquistas en Chile (1890-1927)*. Santiago: Centro de Estudios Sociales Inocencia Pellegrini Lombardozi.
- Lagos, M. (2014). *¡Viva la Anarquía! Sociabilidad, Vida y Prácticas culturales anarquistas. Santiago y Valparaíso (1890-1927)*. Tralkawenu: Witrän Propagaciones.
- Migueláñez, M. (2013). *La presencia argentina en la esfera del anarquismo y el sindicalismo internacional: las luchas de representación*. En Historia, Trabajo y Sociedad (N°4), 89-117.
- Migueláñez, M. (2018). *Más allá de las fronteras: el anarquismo argentino en el período de entreguerras*. Tesis doctoral inédita - Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.
- Mintz, F. (2008). *Autogestión y anarcosindicalismo en la España revolucionaria*. Buenos Aires: Libros de Anarres.
- Montaña, M. (2009). *La recepción de Raymond Williams en la Revista Punto de Vista: un retorno al sujeto, la historia y la experiencia*. En Prácticas de Oficio. Investigación y reflexión en Ciencias Sociales (N°5).
- Muñoz, V. (2013). *Sin Dios Ni Patronos. Historia, Diversidad y Conflictos del anarquismo en la región chilena (1890-1990)*. Valparaíso: Ediciones Mar y Tierra.
- Muñoz, V. (2014). *Cunado las bombas son de papel. Los trabajadores, el Estado y la propaganda anarquista impresa*. Talca: Ediciones Acéfalo.
- Naria, M. (2000). *“No se nace feminista, se llega a serlo”. Lecturas y recuerdos de Simone de Beauvoir en Argentina, 1950-1990*. En: HALPERIN, P. (comp.). *Cuerpo, géneros, identidades. Estudios de Historia de género en Argentina*. Buenos Aires: Ediciones del Signo.

- Navarro, J. (2004). *A la revolución por la cultura. Prácticas culturales y sociabilidad libertarias en el País Valenciano, 1931-1939*. España: Universitat de Valencia.
- Nettlau, M. (1927). *Contribución a la bibliografía anarquista de la América Latina hasta 1914*. Certamen Internacional de La Protesta. Buenos Aires: La Protesta.
- Nettlau, M. (1972). *Viaje libertario a través de la América Latina*. En *Reconstruir* (N°76), 31-44.
- Ortúzar, G. y Puente, I. (1938). *Hacia un mundo nuevo: teoría y práctica del anarco-sindicalismo*. Valparaíso: Imprenta Gutenberg.
- Palomera, A. y Pinto, A. (Comps.). (2006). *Mujeres y prensa anarquista en Chile (1897-1931)*. Santiago: Ediciones Espíritu Libertario.
- Paz, Abel. (1996). *Durruti en la revolución española*. Madrid: Fundación de estudios libertarios Anselmo Lorenzo.
- Peña, F. (2021). *El largo viaje anarcosindicalista. Rutas, lectores y escritores de las ideas anarquistas sobre el movimiento obrero en Chile (1890-1939)*. Santiago-Concepción: Idea Ediciones - Talleres Sartaña, 2021.
- Peña, F. (2021b). "Continuo runrunear de folletos, conferencias y diversos medios de propaganda revolucionaria". *Breviario sobre las políticas de edición anarquista en Chile (1900-1938)*. En *Revista de la Academia* (N°31), 29-65.
- Renán, S. (2003). *La lectura: una práctica cultura. Debate entre Pierre Boudieu y Roger Chartier*. En *Revista Sociedad y Economía* (N°4), 161-175.
- Sanhueza, J. (1994). *Anarcosindicalismo y anarquismo en Chile. La Confederación General de Trabajadores (1931-1938)*. 1994. Tesis (Licenciatura en Historia) – Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Sanhueza, J. (1997). *La Confederación General de Trabajadores y el anarquismo chileno de los años 30*. En *Historia*, v. 30, 313-382.
- Suriano, J. (2001). *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910*. Buenos Aires: Ediciones Manantial SRL.
- Taibo, C. (2018). *Anarquistas de ultramar. Anarquismo, indigenismo, descolonización*. Santiago: Editorial Eleuterio.
- Tarcus, H. (2015). *El marxismo en América Latina y la problemática de la recepción transnacional de las ideas*. En *Temas de nuestra América* (N°54), 35-86.
- Tarcus, H. (2007). *Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos (1871-1910)*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Toledo, E. (2014). "‘Roja y negra bandera nos cobija...’ Los colores y el lenguaje cromático de los emblemas revolucionarios". En *Revista Pacarina del Sur*.
- VIDAL, D. (2020). *Flores Negras. Poesía y anarquismos en el Uruguay del novecientos*. Montevideo: Astromulo.
- Vitale, L. (1998). *Contribución a una historia del anarquismo en América Latina*. Santiago: Instituto de Investigación de Movimientos Sociales "Pedro Vuskovic".